

“Inevitable es la vida”: las luchas de los pueblos indígenas y defensores ambientales contra el extractivismo entre cambios políticos en Brasil¹

Felipe Milanez²

Resumen

En la última década, Brasil atravesó un turbulento proceso político entre un gobierno democrático y de izquierda (Lula y Dilma Rousseff, 2003-2016), característico del neoextractivismo, un golpe parlamentario mediático (2016), la elección del extremista de derecha Jair Bolsonaro (2018-2022), un intento de golpe de Estado en 2022/23, y la reelección de Lula da Silva, en 2022 (para un mandato entre 2023-2026). Este artículo analiza la resistencia indígena y de los defensores ambientales contra el extractivismo en este período, desde una perspectiva histórica de las resistencias indígenas con autores indígenas, y el caso de los defensores ambientales en la Amazonía, a partir del pensamiento de José Cláudio Ribeiro y Maria do Espírito Santo, asesinados en la Amazonía el 24 de mayo de 2011. El concepto de "inevitable", como contribución central, se refiere a la lucha con la selva, y no a las grandes obras de los megaproyectos.

Palabras clave: Extractivismo; Brasil; defensores ambientales; pueblos indígenas; Amazonía.

‘Inevitable is life’: the struggles of indigenous peoples and environmental defenders against extractivism amidst political changes in Brazil

¹ El presente trabajo fue realizado con el apoyo de la Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior – Brasil (CAPES) – Edición PROAP, del Programa de Posgrado en Cultura y Sociedad de la Universidad Federal de Bahía (UFBA).

² Felipe Milanez es ecólogo político, doctor por el programa European Network of Political Ecology en el Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad de Coimbra, profesor del Instituto de Humanidades, Artes y Ciencias Professor Milton Santos de la Universidad Federal de Bahía, e integrante permanente de los programas de post-gradado em Ciências Sociais y en Cultura y Sociedad. Orcid <https://orcid.org/0000-0003-4773-6691>

Abstract

In the last decade, Brazil went through a turbulent political process between a democratic and left-wing government (Lula and Dilma Rousseff, 2003-2016), characteristic of neo-extractivism, a parliamentary media coup (2016), the election of right-wing extremist Jair Bolsonaro (2018-2022), a coup attempt in 2022/23, and the re-election of Lula da Silva, in 2022 (for a mandate between 2023-2026). This article analyses indigenous and environmental defenders' resistance against extractivism in this period, from a historical perspective of indigenous resistance with indigenous authors, and the case of environmental defenders in the Amazon, based on the thoughts of José Cláudio Ribeiro and Maria do Espírito Santo, assassinated in the Amazon on 24 May 2011. The concept of 'inevitable', as a central contribution, refers to the struggle with the forest, and not to the great works of the megaprojects.

Keywords: Extractivism; Brazil; environmental defenders; indigenous peoples; Amazon.

“Inevitável é a vida”: as lutas dos povos indígenas e dos defensores do ambiente contra o extractivismo no contexto das mudanças políticas no Brasil

Resumo

Na última década, o Brasil passou por um processo político turbulento entre um governo democrático e de esquerda (Lula e Dilma Rousseff, 2003-2016), característico do neoextrativismo, um golpe parlamentar midiático (2016), a eleição do extremista de direita Jair Bolsonaro (2018-2022), uma tentativa de golpe em 2022/23, e a reeleição de Lula da Silva, em 2022 (para um mandato entre 2023-2026). Este artigo analisa a resistência dos defensores indígenas e ambientais contra o extrativismo neste período, numa perspectiva histórica da resistência indígena com autores indígenas, e o caso dos defensores ambientais na Amazônia, a partir do pensamento de José Cláudio Ribeiro e Maria do Espírito Santo, assassinados na Amazônia a 24 de maio de 2011. O conceito de “inevitável”, como

contribuição central, refere-se à luta com a floresta, e não às grandes obras dos megaprojetos.

Palavras-chave: extractivismo; Brasil; defensores do ambiente; povos indígenas; Amazônia.

En este artículo propongo una discusión sobre las resistencias al extractivismo en un periodo de cambios, transición e inestabilidad política en Brasil. Las reflexiones aquí descritas están fundadas en un largo trabajo con defensores ambientales en el sudeste del estado del Pará, con foco en la lucha por justicia e el pensamiento de José Cláudio Ribeiro da Silva e Maria do Espírito Santo, asesinados en 24 de mayo de 2011, y un acompañamiento de las luchas indígenas en Amazonia en casos de conflictos ambientales desde puntos de vista expreso por líderes e lideresas. Las reflexiones siguen un camino del autor en dos libros distintos: “Guerras da Conquista” (Milanez y Lyrio, 2021), y “Lutar com a floresta” (Milanez, 2024). El primer momento ocurrió en el marco del IV Congreso de Ecología Política, en octubre de 2022, a pocos días de las elecciones presidenciales en Brasil, que enfrentaban a Lula contra Bolsonaro, una contienda con características de una lucha entre civilización y barbarie, entre democracia y fascismo. Se trataba de una perspectiva de vida o muerte, literalmente, considerando que pocos meses antes habían sido asesinados en la Amazonía el indigenista Bruno Pereira y el periodista británico Dom Philips, quienes investigaban crímenes ambientales en la tierra indígena Vale do Javari. La escalada de violencia en Brasil era tremenda, y Lula representaba – así como sigue representando – la preservación de una democracia sacudida y amenazada, más allá de sus límites históricos frente a la desigualdad.

En este sentido, en la primera parte presento algunos apuntes desde las ecologías políticas latinoamericanas sobre el nuevo fascismo emergente en Brasil, cuyas reflexiones siguen siendo importantes, ya que el país permanece dividido y con una amenaza constante de una creciente fascistización social. En la segunda parte, discutiré el pensamiento de aquellos que enfrentan la creciente fascistización en Brasil, enfrentaron a Bolsonaro, y hoy desafían lo "inevitable".

Después de un período inicial de gran turbulencia y ataques violentos de grupos que insistían en no reconocer los resultados de las elecciones, como el intento de golpe de Estado del 8 de enero y situaciones de violencia contra defensores ambientales y líderes indígenas (Milanez y Araujo, 2023), comenzó a tomar forma el nuevo gobierno, que intenta implementar una política de desarrollo económico basada en los modelos establecidos en los dos primeros gobiernos de Lula (2003-2010) y su sucesora Dilma Rousseff (2011-2016), sobre todo con el Plan de Aceleración del Crecimiento en su tercera versión. Con su anuncio, resurgieron proyectos de desarrollo basados en el extractivismo, como la explotación de petróleo en la desembocadura del río Amazonas, el aumento de la extracción mineral, la expansión del extractivismo energético con la construcción de nuevas centrales hidroeléctricas (como la UHE Marabá, en Pará), granjas eólicas y solares, así como la construcción de infraestructura para el extractivismo, como puertos (Ferrogrão en el río Tapajós) y carreteras (la pavimentación de la BR 319 en la Amazonía).

En todos estos casos mencionados, los diálogos que mantuve con líderes y defensores ambientales relataron que en las primeras negociaciones con representantes del gobierno se les informó que tales obras serían "inevitables": que sería inevitable la pavimentación de la BR163; que sería inevitable la extracción de petróleo en la desembocadura del Amazonas; que sería inevitable la construcción de la UHE Marabá, a pesar de la resistencia del pueblo Gavião, especialmente los Akrãtikatêjê, que habían sido desplazados de su territorio tradicional con la construcción de la UHE Tucuruí, durante la dictadura empresarial-militar (1965-1985) y que, en ese mismo río Tocantins, en Pará, de manera aún más flagrante contra la tradición y la historia del pueblo Gavião y las comunidades ribereñas, explotarían la región de piedras y cascadas conocida como Pedral del Lourenção para permitir la navegabilidad del río Tocantins y el flujo de la producción de soja, como el puerto de Ferrogrão en Itaituba. Todas estas iniciativas se presentan públicamente como "obras inevitables", pero en el fondo son las más evitables.

Por esta razón, creen que es posible evitar lo que se presenta como inevitable, y desafían esa inevitabilidad. Desafían el jaque mate del colonialismo. Así como, ancestralmente, sus antepasados lucharon contra el Capitaloceno (o Conquistaloceno), hoy luchan contra el neoextractivismo, tal como señaló Horacio Machado Araoz (2023), en el que el

extractivismo es precisamente una de las raíces del Antropoceno. O, como sugiere el filósofo Ailton Krenak, en una comunicación personal conmigo en Belém, el 12 de julio de este año: "lo inevitable es la vida". Lo inevitable es la lucha, la vida, y no las grandes obras extractivistas.

En la visión de los defensores ambientales y de aquellos colectivos que luchan la lucha colectiva en los territorios/aquaterras, en la visión de los mártires ambientales que atestiguan, registran y documentan la destrucción de nuestro tiempo, creyeron que la represa de Belo Monte no era inevitable, y hoy creen que la pavimentación de la BR319 no es inevitable, al igual que la perforación de pozos de petróleo en la desembocadura del Amazonas. Nada de esto es inevitable. Estos movimientos, denominados ambientalismo popular o "ecologismo de los pobres" (Martinez-Alier, 2007), o más recientemente conocidos como "defensores ambientales", desafían esta supuesta inevitabilidad.

La praxis de lo que puede denominarse ambientalismo popular nos permite ver más allá de los aparatos institucionales y revela un repertorio de prácticas de resistencia y resiliencia que desafían la inevitabilidad del extractivismo. Esta praxis forma parte de una pedagogía de la lucha en la formación de la conciencia de los sujetos, trabajo que realizo desde el pensamiento de Maria do Espírito Santo en diálogo con Paulo Freire (Milanez, 2024). Esta conciencia compone una dialéctica entre sujeto y objeto, descrita por Paulo Freire, en la cual el "cuidado de sí mismo", más allá de la interpretación foucaultiana, permite analizar los conflictos en la situación de dominación de matriz colonial de poder como modos revolucionarios de lucha colectiva. Son las prácticas del cuidado de sí mismo y de los demás, a través de la lucha, las que están relacionadas con la dimensión ética y la práctica de la libertad. Constituyen un proceso de resistencia al poder y la subordinación.

Esta relación de cuidado de sí mismo y de la formación de la subjetividad compone una ética de la lucha del ecologismo popular que también implica el cuidado de los demás, el cuidado de lo común, en una relación dialéctica entre subjetividad y objetividad propuesta por Paulo Freire. Esta propuesta de praxis no solo denuncia y expone el poder, sino que pretende algo más: cuidar de sí mismo para transformar el mundo. En Freire, esta relación dialéctica abarca tanto la formación de sujetos críticos, con una educación y un proceso formativo para la libertad, como de sujetos éticos, que poseen conciencia de las opresiones

sociales y del deber de actuar para mejorar el mundo. Es decir: transformar el mundo a partir de donde se vive, desde el lugar, que en sí mismo ya es una relación dialéctica entre una razón global y una razón local.

Esta lucha por transformar el mundo expone las contradicciones del crecimiento y del capitalismo, que atraviesan los gobiernos, al tiempo que busca movilizar a la sociedad. Esta dimensión parece fundamental y estratégica en momentos como el actual, de gobiernos de coalición, que son democráticos en forma, pero de baja intensidad frente al control del mercado y la financialización de la vida. Opuestos a gobiernos explícitamente fascistas, como el de Jair Bolsonaro que fue derrotado en las últimas elecciones.

Colonialismo y fascistización

El fascismo busca mitos y justificaciones inventando un pasado supuestamente heroico, tal como la “gloria” de la colonización y el mestizaje para la “formación de un nuevo pueblo”. Por esta razón, voy a compartir un breve panorama de la historia de la conquista, la asociación público-privada del genocidio y el papel de los militares. Hay elementos que hoy se resignifican como el origen del “pueblo brasileño” y de la nación, tal como lo expresó el senador Hamilton Mourão, exvicepresidente de Bolsonaro, quien declaró: "la mezcla de la cultura con la herencia de privilegios, que viene de los ibéricos, la indolencia indígena y la canallada que del africano".

El racismo organiza la armonía entre las relaciones económicas y la ideología, como sostiene Fanon (1964): en una cultura racista, ser racista es algo normal. Por lo tanto, la ecología política puede ser útil para descubrir cómo opera el racismo en el autoritarismo actual en Brasil, ya que puede destacar la materialidad de la economía extractiva como parte del genocidio indígena y afrobrasileño. La dominación carismática, con una guerra antiinstitucional, y el carácter neoliberal del fascismo de Bolsonaro sustentan un sistema de violencia contra las personas y el ecosistema.

Hay elementos de la historia de Brasil que imagino que son poco conocidos dentro de la historia colonial de la América hispánica. He investigado un marco analítico amplio para el

libro *Guerras da Conquista* (Milanez y Lyrio 2021). En la historia de la colonización de Brasil no hubo un debate como el de Valladolid sobre el alma y la esclavitud, ni el sistema de encomienda, pero sí otro sistema de alianzas entre la corona portuguesa, los colonos y la Iglesia, marcado por la ambigüedad en las guerras justas de exterminio y esclavitud (negada y autorizada al mismo tiempo, según las conveniencias). La invasión comenzó como un proyecto político en 1549. Se intensificaron las guerras con la llegada del tercer gobernador, Mem de Sá, en 1557, y la política de grandes aldeamientos y de exterminio. Es entonces cuando comienzan a llegar las grandes epidemias: en 1562, el cura jesuita Anchieta relata más de 30 mil muertos en Salvador/Reconcavo. Estas epidemias fueron clave (hoy diríamos oportunidades) para la derrota de los Caetés al norte, de los Tupiniquim al sur de Bahía y de los Tupinambá en Río, hechos genocidas de Mem de Sá celebrados por la Iglesia a través de Anchieta. En 1599, tras una epidemia de viruela, se derrota a los Potiguara después de una guerra de 25 años.

La conquista de la Amazonia donde hoy es Brasil comenzó con la expansión portuguesa, en la Guerra por São Luiz en 1614, y avanzó durante más de un siglo en batallas por el río Amazonas. Estas guerras fueron seguidas por las banderas privadas, los Bandeirantes, en los siglos XVII y XVIII: un marco de la idea de la conquista producida por agentes privados legitimados por el Estado. Los Bandeirantes, antes llamados paulistas, siguen siendo muy celebrados, especialmente en São Paulo.

En el marco del bicentenario de la independencia de Brasil de 1822, se habló mucho en la prensa sobre el envío del corazón del emperador Dom Pedro I, que Bolsonaro llevó a Brasil, pero se recordó menos que en 1808, cuando la Corte llegó a Brasil para escapar de las guerras napoleónicas, se declaró guerra justa contra los indígenas Botocudos. Esta guerra siguió siendo oficial hasta 1831, por lo que se puede considerar que la primera guerra en la historia de Brasil fue contra los pueblos indígenas en favor de los terratenientes.

Existe un paralelo entre la esclavitud (africana e indígena) y las guerras de conquista: el bandeirantismo y la colaboración con el Estado. El historiador del Imperio, Adolfo de Varnhagen, escribió en la década de 1850 la primera historia de Brasil, abogando por el blanqueamiento y justificando la PPP (asociación público-privada) del genocidio. Su

propuesta era que el Estado brasileño compartiera el monopolio de la violencia con los blancos para conquistar territorios indígenas, y esta idea fundó el imaginario del progreso de la Nación. “No tenemos otro recurso, para no quedarnos siglos esperando a que quieran civilizarse, que declarar la guerra a los que no se decidan a someterse, y ocupar por la fuerza esas tierras que están robando a la civilización. Esta guerra no tiene que ser librada a expensas del gobierno, que tiene que ocupar sus fuerzas en otro lugar: tiene que ser librada exclusivamente por ciudadanos brasileños, guardias nacionales, que se ofrezcan para ello.”

La abolición de 1888 fue precedida por la Ley de Tierras de 1850, el movimiento que el sociólogo José de Souza Martins llama “el cautiverio de la tierra”: liberar a los negros y controlar la tierra. Esto también marcó la violencia contra los pueblos indígenas, especialmente en el noreste de Brasil (Carvalho, 2022). De esta misma manera, la República comenzó en 1889 con un genocidio: la Masacre de Canudos, donde al menos 500 indígenas del pueblo Kiriri fueron asesinados junto con miles de campesinos y quilombolas, en un conflicto donde el ejército sirvió para garantizar el control de la tierra para el latifundio: otra ocasión en la que el ejército fue a la guerra contra el pueblo a favor de los terratenientes.

En 1906, el científico del Museo Paulista, Herman Von Ihering, retomó la ideología de Varnhagen para justificar el orden de exterminio para el progreso en São Paulo: "Los caingangues salvajes son un obstáculo para la colonización de las regiones del sertão (interior) que habitan, parece que no hay otros medios que puedan utilizarse excepto su exterminio." (Milanez y Santos, 2021)

La creación de la Agencia de Protección al Indio (SPI, hoy Funai) en 1910, como lo demuestra Darcy Ribeiro (1970/2023), no pudo evitar una serie de genocidios, que se intensificaron con la invasión de la Amazonía promovida por la dictadura militar (1964-1985), cuyo hito fue, bajo el dictador Garrastazu Médici en 1970, la apertura de la Transamazónica y el derribo de una gran castañera. Médici fue el más violento dictador del régimen fascista de la dictadura, y es el modelo que inspira a Bolsonaro.

Al menos 8.350 indígenas fueron asesinados durante la dictadura, según una investigación inicial de la Comisión Nacional de la Verdad, ya que aún no ha habido una comisión

específica de la verdad. La dictadura reconfiguró la historia militar antiindígena y de la supremacía blanca como idea de la nación, armonizando la economía del saqueo con el llamado "Milagro económico". "El error de la dictadura fue torturar y no matar", dijo Bolsonaro a la prensa. "La caballería brasileña era muy incompetente. Competente, sí, fue la caballería norteamericana, que diezmó a sus indios en el pasado y hoy no tiene ese problema en el país."

Hay una doble dimensión, que llamo cuerpo y alma (Milanez, 2020), que caracteriza este proceso histórico, intensificado hoy: el cuerpo como la materialidad económica, la colonialidad que organiza la explotación de la naturaleza. El marco de la violencia a través de la ruptura del vínculo del colectivo con el lugar de vida: la separación de la naturaleza como marca de la violencia del colonialismo, como explica Ailton Krenak en su definición de Ecología Política. Esta violencia fundante del colonialismo libera la *xawara*, el desequilibrio, la epidemia descrita por Davi Kopenawa. Y el alma, que es el sistema ideológico de dominación, el cristianismo que busca la conquista de almas para el mercado de almas salvaje, y que fundamenta el apoyo popular de los adeptos del bolsonarismo. Uno de los temas del debate político hoy es el anticristo.

Desde 2013, se ha consolidado en Brasil un fuerte lobby en el Congreso, el BBB: Boi Bala Biblia. De ahí emerge la articulación política del bolsonarismo. Desde el primer día de su mandato, Bolsonaro ha atacado los derechos territoriales indígenas y quilombolas en favor de la invasión de la tierra por la especulación. Rita Segato, en su excelente análisis sobre las dimensiones de la violencia contra las mujeres, aporta en este período de inestabilidad y formación del nuevo fascismo (su texto es de 2016), dos ideas que considero centrales en el caso de Brasil: la conquistalidad (y tal como les presento, hay una característica distinta en Brasil); y la esfera paraestatal de control de la vida.

Bolsonaro ha, en su guerra contra las instituciones, reabierto como nuevas fronteras de expansión las tierras indígenas, así como las bajo control público o colectivo (parques nacionales, reservas extractivistas), para la conquista privada. La deforestación, la minería ilegal de oro y otras dimensiones de la violencia y asesinatos de indígenas han aumentado sistemáticamente. En el arco de la deforestación es donde tiene el apoyo más consolidado. Por lo que también hicieron uso de la pandemia como una oportunidad: "oportunidad"

(palabra del ministro de Medio Ambiente de Bolsonaro, Ricardo Salles), promocionada históricamente por las pandemias para las conquistas de territorios.

La relación entre el conservadurismo que moviliza el fascismo también sustenta al neoliberalismo, tanto en la privatización de la naturaleza como en las invasiones. Una idea que se utiliza para la apertura de los territorios indígenas al extractivismo: “cada vez más, el indio es un ser humano igual a nosotros”, declaró Bolsonaro para justificar la minería ilegal de oro en territorio Yanomami. Un proceso de desconstrucción del otro garantizado por el sistema del “líder”, legitimando a las fuerzas, o falanges, paraestatales, para continuar con el acto. Como escribe el antropólogo Roberto Araújo, el funcionamiento de este dispositivo de dominación en curso en Brasil confronta los límites de la democracia. Revela el extraordinario debilitamiento de las instituciones y genera el riesgo real de intervención de esta masa con correas de transmisión entre las fuerzas de seguridad y los grupos paramilitares. Esta movilización en curso, reunida por pertenencia a la multitud, adherentes, representa hoy una mitad del país. En defensa incondicional del “Líder”, de sus propuestas e ideas, contra “el sistema”, contra las instituciones, contra la ley, pasan a los actos, multiplicando la agresión y la violencia contra las víctimas de su odio. La derrota electoral de Bolsonaro frente a Lula ha garantizado, por el momento, el mantenimiento de la democracia. Pero la sociedad se ha dividido de manera muy profunda, y las falanges bolsonaristas siguen actuando en la barbarie así como una fuerza política.

Una transición turbulenta marcó las elecciones de 2022, con fraudes confirmados, como el apoyo de la Policía Rodoviaria Federal para impedir el acceso de votantes a las urnas en las regiones favorables a Lula, difusión de fakenews contra las urnas electrónicas, además de una tensión constante debido a amenazas contra la democracia. La creación de un ambiente de terror favoreció al partido de Bolsonaro, que logró alcanzar un número absoluto de 100 diputados entre 506, garantizando a la derecha el control del Congreso.

Mientras Lula promovía la instalación de un gobierno de amplia coalición democrática frente al riesgo de una ruptura institucional, las élites, especialmente las locales y agrarias, impulsaron un intento de controlar el aparato político en el legislativo para manejar la "transición". El 8 de enero se convirtió en un hito de un intento de golpe de Estado, apoyado por sectores de las fuerzas armadas. Investigaciones posteriores incluso revelaron

un plan para asesinar a Lula, al vicepresidente Alckmin y al ministro de la Corte Suprema, Alexandre de Moraes.

Esta barbarie se desarrolló como parte de una estrategia de quienes estaban en el poder para perpetuarse, no solo Bolsonaro y los militares, sino también aquellos que se beneficiaban de las influencias en el Estado para el saqueo privado de los recursos naturales. Bolsonaro y los militares se aliaron con las élites y el “mercado”, que buscaban preservar sus privilegios, especialmente la clase bancaria vinculada al sector financiero de São Paulo, conocido como Faria Lima, impulsando además una campaña fascista de nacionalismo extremista.

La violencia expresada tanto en las elecciones como en los intentos posteriores, junto con el control del Congreso, ha logrado presionar la alianza amplia del gobierno de Lula hacia el centro, e incluso hacia la centro-derecha, limitando posibles avances hacia una profundización de la democracia y el combate a las desigualdades históricas. Esto parece repetir ejemplos históricos de Brasil, caracterizados por transiciones basadas en conciliaciones. Sin embargo, esta vez, tal vez de forma inédita, los responsables del intento de golpe podrían enfrentar prisión. Es una esperanza en un país que, históricamente, ha premiado a los golpistas con impunidad.

Convivir con la naturaleza: la perspectiva de los defensores ambientales frente al neoextractivismo

¿Quiénes son los ‘defensores ambientales’? Hoy ya se escucha la autoidentificación de defensores ambientales, líderes y lideresas indígenas, campesinos y pescadores, quienes se presentan diciendo: “Hablo desde la perspectiva de un defensor ambiental”. El concepto de “defensores ambientales” surgió en las últimas décadas para referirse a una lucha más antigua de liderazgos comunitarios relacionada con la defensa de los territorios, los bosques, los ríos, y ha ganado más fuerza en los últimos años junto con acciones internacionales para garantizar la supervivencia de líderes en riesgo. En el caso de Brasil, comenzó a asociarse con extractivistas, defensores de derechos humanos, seringueiros,

liderazgos indígenas, ambientalistas populares en general liderando luchas colectivas en el campo y cuyo historial de violencias ha sido monitoreado por la Comisión Pastoral de la Tierra desde 1980, cuyos datos, incluso, han pasado a fundamentar el levantamiento internacional realizado por Global Witness. De la misma manera, el papel colectivo de las luchas por justicia ambiental, a su vez, ha sido documentado por diferentes cartografías de movimientos por justicia ambiental tales como el Atlas de Justicia Ambiental (ejatlas.org) o el Mapa de la Red Brasileña de Justicia Ambiental (Fiocruz), entre otros. En estos casos, algunos estudios han mostrado la importancia de comprender los conflictos ambientales para entender las luchas de los defensores ambientales, o el papel de las mujeres en las resistencias contra la minería, en lo que se trata como un movimiento global por justicia ambiental (Martinez-Alier 2023).

En trabajos recientes, intento profundizar la dimensión epistémica de las insurgencias indígenas y de la audacia del ambientalismo popular, mostrando que las luchas están bastante distantes del localismo individualista NIMBY, y están relacionadas con la dimensión holística de la defensa del planeta, o Pacha. En este camino, busco profundizar el recorrido teórico de la perspectiva crítica de la colonialidad/modernidad en la construcción de una ecología política desde Abya Yala, que emergen de las experiencias de vida y defensa de los lugares, al insurgirse contra la propia separación entre colectivos-humanos y naturaleza.

Comparto una extensa experiencia de trabajo con defensores ambientales víctimas de diversas formas de violencia, como amenazas de muerte, asesinatos, difamación y criminalización. Esta experiencia comenzó inicialmente como periodista y, posteriormente, se profundizó a través de la investigación desarrollada en mi tesis doctoral, publicada en el libro “Lutar com a Floresta: uma ecologia política do martírio em defesa da Amazônia” (Milanez, 2024). Desde esta perspectiva, ofrezco una reflexión basada en el caso de Zé Claudio y Maria. Zé Claudio y Maria eran una pareja de ecologistas populares y extractivistas tradicionales, recolectores de castañas de la Amazonia, asesinados por sicarios el 24 de mayo de 2011 por orden de un terrateniente, en represalia por denunciar acaparamiento de tierras y extracción ilegal de madera. En este trabajo llevé a cabo una amplia investigación que incluyó entrevistas, revisión de archivos de la Comisión Pastoral

de la Tierra y análisis del juicio, lo cual resultó en múltiples reportajes, un documental (Toxic Amazonia), una tesis doctoral y el libro mencionado.

Desarrollos posteriores, como el proyecto “Desarrollo sostenible” y atmósferas de violencia y diversas publicaciones, han permitido profundizar y articular algunas de las reflexiones que presento en este artículo. Con enfoque en las resistencias a proyectos de desarrollo neoextractivistas en la Amazonía, una perspectiva de defensores ambientales – en colectivo, no estoy hablando de personas, sino de grupos – es la de los levantamientos e insurgencias, no solo contra los proyectos por afectar sus territorios, sino en razón del modelo extractivista en el cual se insertan.

Por lo tanto, no se trata de insurgencias locales a ser resueltas con planes de consulta o salvaguardas ambientales, sino de luchas antisistémicas, cuyas propuestas deben ser vistas como concretas y materiales tanto en la resistencia a la expansión del capitalismo sobre la naturaleza, como a las incongruencias del capitalismo y neocolonialismo verde. Frente a falsas transiciones que se revelan como nuevas formas de acumulación, las propuestas políticas concretas que emergen de los territorios, en las ecologías políticas desde Abya Yala, discuten una mayor transformación ecosocial, al tiempo que denuncian la asociación continua de la conquista, colonización y expansión del capitalismo.

La lucha de los defensores de la Amazonía, tal como en el estudio del caso de la lucha del matrimonio de extractivistas José Cláudio Ribeiro da Silva y Maria do Espírito Santo da Silva, es una lucha por la convivencia – con vivir – con el bosque, en lo que podemos considerar como una alianza política con el bosque en defensa del común. Este análisis conduce a una perspectiva de lucha anticolonial por la liberación, de manera más amplia que una idea reduccionista de defensores ambientales como individuos activistas con agendas identitarias.

Una de las diversas contradicciones que aparecieron durante un período de crecimiento y entusiasmo en Brasil, fue la que contrapuso las buenas noticias de disminución de la deforestación, especialmente en el período en que hubo una disminución más acentuada entre 2008 y 2012, con la violencia contra los defensores ambientales. Belo Monte era

inevitable; la ALPA, aceros laminados de Pará era inevitable; las plantas en el río Tapajós eran “inevitables”...

Es en este momento que la expresión “environmental defenders”, en inglés, ganó impacto internacional a través de informes de la pequeña ONG de investigación de crímenes Global Witness, entonces conocida por denunciar el tráfico de diamantes. Un concepto quizás superficial para explicar una situación compleja y prolongada en el tiempo, pero que aparentemente estaba invisibilizada.

En Brasil, inicialmente hubo confusiones con el uso de los datos recolectados por la CPT para violencia contra “trabajadores rurales”, indígenas y quilombolas, pero algunos casos emblemáticos sirvieron para ampliar el interés público en una dimensión del neoextractivismo sobre aquellos que resistían a los proyectos de desarrollo defendiendo la naturaleza y el común. En el caso de Brasil (este fue un debate mundial, con gran repercusión en Colombia y México), los debates en torno a Belo Monte sirvieron para reprimir el impacto del dato de que aquí sería el país más violento del mundo en números absolutos de asesinatos de defensores ambientales. Global Witness comenzó una campaña global en 2012 que buscaba, siguiendo el estilo de la organización, exponer a las corporaciones y estados responsables de la violencia. En una comunicación personal, Patrick Alley, uno de los fundadores, relató que ya estaba siguiendo el problema, pero el desencadenante había sido el asesinato de Chut Wutty en Camboya – y, en el mismo año y por razones similares (lucha contra la deforestación y madereras), el matrimonio José Cláudio Ribeiro da Silva y Maria do Espírito Santo, en Nova Ipixuna, en el sudeste del estado de Pará.

Esta noción de “defensores ambientales”, desde la perspectiva anglosajona en la que se desarrolla inicialmente, confronta diferentes aspectos de la trayectoria de las luchas ecológicas en Brasil que son intrínsecamente colectivas: la historia de los movimientos por la lucha por la tierra; la tradicionalidad de las ocupaciones y los movimientos de reconocimiento de las identidades de los pueblos tradicionales; el carácter colectivo de las luchas de los pueblos tradicionales; y la dinámica histórica de las luchas indígenas y negras contra el colonialismo, por tierra, territorio y libertad. Este aspecto también debe ser analizado en relación con dos cambios profundos que han ocurrido en las últimas décadas y

derivados de las luchas históricas de estos movimientos: la dimensión epistemológica (contra la colonialidad del saber) y la dimensión ontológica (contra la colonialidad del ser), que desafían el sistema hegemónico de matriz colonial de poder del capitalismo, del colonialismo (racismo) y del patriarcado.

De esta manera, entiendo que el neoextractivismo y el colonialismo están entrelazados como caras de lo que se posiciona como “inevitable”: son sistemas que se proyectan como únicos, sin alternativas. El mundo colonial se presenta como absoluto, es un mundo totalizante. El colonialismo es una cruzada civilizatoria: es “inevitable”. O, como plantea Fanon (2023, p. 39): “En su monólogo narcisista, la burguesía colonialista, a través de sus académicos, había inculcado profundamente en la mente del colonizado que las esencias permanecen eternas, a pesar de todos los errores imputables a los hombres.” Esta eternización de las esencias, la naturalización de las dominaciones así como la naturalización del capitalismo y del crecimiento como únicas posibilidades civilizatorias solo sería rota, según Fanon (p.40), “en el momento en que el colonizado restablece contacto con su pueblo, esta centinela artificial se convierte en polvo.”

Las opciones post-extractivistas, es decir, para salir de la dependencia extractivista, también están relacionadas con las alternativas al desarrollo que miran un autonomía de proyectos colectivos de vida. La búsqueda de alternativas enfrenta restricciones y resistencias, tal como el caso de la violencia contra el matrimonio ambientalista y contra el medio ambiente. José Cláudio y Maria proponían alternativas de relación económica con el bosque que no fueran depredadoras, el “extractivismo sostenible” inspirado en el modelo de las Resex liderado en el pasado por Chico Mendes, que admiraban. Estas opciones son concretas y han estado en discusión por décadas, pero se enfrentan a modelos depredadores que siguen siendo dominantes en la agenda de desarrollo y crecimiento de los países en vías de desarrollo y de las economías emergentes.

El sentido de la lucha colectiva

¿Quién es el sujeto que lucha con la Amazonía, junto con la selva, contra el capitalismo y el colonialismo?

Aprendí con la lucha de Ze Claudio y María la perspectiva de sujetos colectivos, las luchas colectivas que caracterizan las insurgencias populares en defensa de los territorios y de la naturaleza. Para Paulo Freire, quien tiene una importancia fundamental en la formación de los movimientos sociales en el campo en Brasil, el sujeto cognoscente es consciente de las estructuras políticas y económicas de dominación, pero tiene la capacidad de intervenir en el mundo, transformarlo y construir una nueva sociedad. Por eso, al volverse capaces de reconocer cómo las estructuras los influyen y condicionan su comportamiento y conciencia, los sujetos pasan a tener la capacidad de intervenir en la realidad.

Conocer las estructuras de dominación no debería ser un proceso paralizante o que provoque inmovilismo. Al contrario: es a partir de esa conciencia que se “abre el camino a su intervención en el mundo” (Freire, 2000, p. 27). Freire habla, por lo tanto, de una dialéctica entre subjetividad y objetividad:

Es en las condiciones materiales de la sociedad donde se gestan la lucha y las transformaciones políticas, no es posible [...] negar la importancia fundamental de la subjetividad en la historia. Ni la subjetividad hace, todo poderosamente, la objetividad ni esta perfila, inapelablemente, la subjetividad. Para mí, no es posible hablar de subjetividad a no ser que se comprenda en su relación dialéctica con la objetividad. (Freire, 2000, p. 27, traducción del autor)

Esta relación dialéctica permite al individuo la capacidad de hacer elecciones basadas en principios éticos de la vida. María percibía a sí misma y a su compañero interviniendo éticamente y cambiando concretamente el mundo. Frente al deber de cambiar el mundo, era inaceptable ser omiso. Es en esto donde reside la diferencia primordial entre condicionamiento y determinación, según Freire: “Solo es posible, incluso, hablar de ética si hay elección que proviene de la capacidad de comparar, si hay responsabilidad asumida” (2000, p. 27).

Es en la lucha donde se hace el futuro, donde se transforma el mundo. Al conocer las estructuras de dominación, emerge la rebeldía de los sujetos. Sujetos que se posicionan como sujetos colectivos, que luchan por “sueños colectivos”, como María enfatizó en una entrevista, y no por sueños individuales.

El crecimiento económico de la primera década del siglo XXI en Brasil fue acompañado por la emergencia del neoextrativismo, concepto desarrollado por autores latinoamericanos para criticar la posición permanente de América Latina como proveedora de recursos naturales a los centros industrializados en el sistema-mundo — la naturaleza colonizada citada por Alimonda (2011). El neoextrativismo, en el que el uso de la palabra “extrativismo” tiene un sentido diferente al del proyecto económico popular creado por los seringueiros en Brasil, se basa en el mito del progreso como paradigma civilizacional. En este período, se implementaron proyectos de crecimiento/desarrollo dirigidos por el Estado a partir de la extracción abusiva y extensiva de los recursos naturales. Tal extracción se presentaba como una actividad indispensable para la balanza comercial, incluso para justificar proyectos sociales, como se puede ver en la octava tesis del neoextrativismo, descrita por Gudynas: parte del excedente captado por el Estado es “destinado a programas sociales, que generan una legitimación, tanto para los gobiernos, como para los emprendimientos extrativistas, y eso contribuye a apaciguar las demandas locales” (2009, p. 209). Esta política del neoextrativismo es, también, de origen keynesiano, de garantías sociales, del Estado de bienestar social. Lo nuevo que se reflejó en los modelos antiguos de crecimiento basado en la agotamiento.

El imperativo del extrativismo y del avance del capital ganó, por lo tanto, tal como indica la octava tesis de Gudynas (2009) sobre el neoextrativismo, una narrativa social en busca de legitimación. Extraer, exportar y crecer se convirtió en la única posibilidad de tener inversión en infraestructuras básicas como agua y saneamiento, educación, salud y seguridad. Si el suelo bajo la agricultura a gran escala orientada hacia la exportación constituye un recurso natural no renovable, esta es, también, una actividad extrativista en el sentido atribuido por Gudynas (2009): la tendencia del extrativismo es la agotamiento no renovable del recurso, de modo que el suelo y el agua se extraen de la misma manera que ocurre con el hierro. Así, el neoextrativismo también se expandió en el sureste del Pará por las grandes plantaciones de soja, que, en una década, entre 2005 y 2015, se hicieron cuatro veces mayores que las del oeste del Pará, que era una amplia frontera de expansión del grano, hasta la campaña que frenó este movimiento, con la Moratoria de la Soja — esta campaña fue un acuerdo firmado en 2006 entre empresas vinculadas a la Asociación

Brasileña de Industrias de Aceites Vegetales (Abiove) y a la Asociación Brasileña de Exportadores de Cereales (Anec), organizaciones ambientalistas y el gobierno federal.

El extrativismo popular y ecológicamente sostenible, practicado por los agricultores extrativistas, se asocia a la producción y mantenimiento del stock de una amplia diversidad de productos y variedad de frutas, cipós, semillas y otras producciones forestales, en una relación no alienada con el trabajo y el ambiente.

María y José Claudio luchaban para defender la selva como una forma de liberación. Ser libre significa no servir. Significa tener autonomía y control sobre el cuerpo, el trabajo y la selva, permitiendo emanciparse de la subordinación al maderero, al carbonero, al terrateniente. En resumen, al patrón que explora tanto la naturaleza como la fuerza de trabajo. Asociarse con la selva es la única forma de conquistar esa libertad: defender la selva para defenderse en colectividad. Y, con la selva, conquistar autonomía. Con la selva se expresa la agencia de la selva en la relación con los humanos: “convivir con”, expresó María, es una relación. Esta asociación, que significaba “aprender con la selva” y “convivir con la selva”, era una visión política de actuar para transformar el mundo. La lucha por la libertad era la lucha con la selva, en defensa de la vida en sentido amplio: la vida humana en relación con el territorio de vida.

Zé Cláudio y Maria fueron asesinados antes de presenciar el golpe contra el gobierno de Dilma Rousseff y la ascensión de la ultraderecha en Brasil. Sin embargo, desde su experiencia, enfrentaron la furia de la dictadura militar en la Amazonia. Las "luchas con la selva" representaron un profundo proceso de aprendizaje en un paisaje marcado por el miedo y el terror. Fue una lucha que se llevó a cabo colectivamente, con audacia y coraje. Como planteo en este artículo, esta lucha es "inevitable" y de suma importancia en este momento de la historia. Es una lucha que se construye con la convicción de que es posible desafiar lo que parece inevitable, como el supuesto destino común de la inhabitabilidad del planeta. De este modo, confrontan tanto esa como otras inevitabilidades impuestas.

Bibliografía

Alimonda, Héctor. “Sobre la insostenible colonialidad de la naturaleza latinoamericana”. In: PALACIO CASTAÑEDA, German A. (org.). *Ecología política de la Amazonia: las profundas y difusas redes de la gobernanza*. Bogotá: Ilsa / Ecofondo / Universidad Nacional de Colombia, 2009. p. 61-96.

Alimonda, Héctor (org.). *La naturaleza colonizada: ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires: Clacso, 2011.

Altvater, Elmar. “Ecological and economic modalities of time and space”, *Capitalism Nature Socialism*, v. 1, n. 3, p. 59-70, 1989.

Araoz, Horacio Machado. (2023) El extractivismo y las raíces del “Antropoceno”. *Rev. Direito e Práxis*, Rio de Janeiro, Vol.14, N.01, 2023, p.407-435

Milanez, Felipe & Lyrio, Fabrício. *Guerras da Conquista*. São Paulo: Harper Collins, 2021.

Milanez, Felipe, & Santos, Roberto A. (2023). Indigenous Defenders in the Crosshairs: In times of political turbulence, elites often turn to violence. As Bolsonaro’s grip on power faltered, anti-Indigenous attacks in the Amazon exploded, fueled by narratives of hate. *NACLA Report on the Americas*, 55(2), 156–162. <https://doi.org/10.1080/10714839.2023.2213091>

Milanez, Felipe. (2024). *Lutar com a floresta: uma ecologia política do martírio em defesa da Amazônia*. São Paulo: Editora Elefante.

Martinez-Alier, Joan. (2002) *The Environmentalism of the Poor*. Cheltenham : Edward Elgar Publishing.

Fanon, Frantz. *Os condenados da terra*. Juiz de Fora: Editora UFJV, 2006.

Fanon, Frantz. *Em defesa da revolução africana*. Lisboa: Livraria Sa da Costa.

FREIRE, Paulo. *Pedagogia da indignação: cartas pedagógicas e outros escritos*. São Paulo: Editora da Unesp, 2000.

Gudynas, Eduardo. “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo: contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual”. In: SCHULDT, Jürgen et al. (org.). *Extractivismo, política y sociedad*. Quito: Caap / Claes, 2009. p. 187-225.

Martinez-Alier, Joan. *O ecologismo dos pobres*. São Paulo: Contexto, 2007.

Ribeiro, Darcy. (1970/2023) *Os índios e a civilização: a integração das populações indígenas no Brasil moderno*. Rio de Janeiro: Global.

Segato, Rita Laura. *La guerra contra las mujeres*. Madri: Traficantes de Sueños, 2016